Miércoles, 16 de mayo 2012

El ocaso de las protestas

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/05/twilight-of-protest.html

En los últimos meses en los que se ha esbozado la trayectoria de los imperios en general y la enmarañada historia del imperio de Estados Unidos en particular, he estado eludiendo un tema específico. Esa omisión no se debe a falta de conciencia de mi parte, y si lo hubiera sido, los comentarios y correos electrónicos de los lectores preguntando cuándo se iba a discutir el asunto me habría obligado inmediatamente a caer en la cuenta. No, es simplemente una reticencia natural para sacar a la luz un asunto que inevitablemente debe ser objeto de discusión, pero que seguramente va a generar más calor que luz.

¿El asunto? El papel de los movimientos de protesta en la decadencia y caída del imperio americano.

Este es un problema tan cargado de emociones enfrentadas y agendas ocultas que incluso encontrar un buen lugar de partida para iniciar la discusión es un reto. Afortunadamente tengo un poco de ayuda, cortesía de Lloyd Owen, quien está involucrado en una organización llamada "Deep Green Resistance" quien recientemente escribió una reseña de mi libro "La Sangre de la Tierra (*The Blood of the Earth*)". Y no es una mala crítica, muy al contrario. Lloyd hizo un serio esfuerzo para lidiar con los problemas citados en ese libro, generalmente con éxito, aunque en algunos fracasó porque los malentendidos eran casi inevitables dadas las diferencias entre sus puntos de vista y los míos. Por eso, muy llamativa su opinión, que señala de manera precisa los motivos por los que los movimientos de protesta casi nunca han servido para nada en los últimos años, y es casi seguro siga siendo así mientras el Imperio Americano colapsa y arde entre algaradas.

El punto más importante que presenta en su reseña es la denuncia de uno de los puntos centrales del libro, que es que quienes quieran cambiar el mundo deben empezar por cambiar sus propias vidas. Según Lloyd ya es tarde para eso porque la biosfera corre un grave peligro; lo necesario son las herramientas estándar de activismo contemporáneo "la acción directa, construcción de la comunidad y divulgación", según expone en un buen resumen. Su razonamiento es bastante lógico: si tu casa está ardiendo es un poco tarde para instalar extintores y detectores de humo. Si la situación es tan urgente como presenta Lloyd, todas las demás consideraciones son secundarias al esfuerzo supremo de hacer frente a la crisis inmediata con los medios más eficaces disponibles.

Es una afirmación bastante común en la comunidad actual de activistas. Derrick Jensen escribió hace unos años un artículo en la revista Orion en la que esencialmente mantenía el mismo guion. Sin embargo, hay un problema con ese argumento, porque las respuestas que promueven Lloyd, Jensen, y otros activistas han sido básicamente las mismas desde hace más de tres décadas y eso es tiempo más que suficiente para ver si funcionan . ¿La respuesta? Bueno, seamos caritativos y digamos simplemente que "no muy bien".

Desde hace años, los principales ecologistas se han estado lamentando del terreno perdido año tras año y de lo poco que ha podido hacer el movimiento ecologista para frenar la caída. Es una evaluación correcta, por supuesto. Lo normal en estos días es insistir en que esto simplemente indica la diferencia de poder entre los intereses de las empresas que se benefician de la destrucción del medio ambiente y el poder de los grupos de ciudadanos que están tratando de luchar contra ellas. También el argumento parece convincente, siempre y cuando actúes según lo se le ha enseñado a hacer a la mayoría de la gente y hagas caso omiso de las lecciones de la historia.

Echemos un vistazo al pasado y descubriremos que una de esas lecciones destaca claramente. En la década de 1970, los activistas ambientales también se enfrentaron a poderosos y bien financiados intereses corporativos, construyeron un movimiento de masas y consiguieron avances legislativos históricos. En los Estados Unidos se promulgó una serie de leyes como la Ley de Aire Limpio, la Ley de Especies en Peligro de Extinción y otras leyes ambientales menos famosas pero igualmente importantes,

frente a la oposición feroz de los intereses empresariales. Los activistas medioambientales de hoy en día ni soñando pueden esperar un éxito similar. Se logró empleando las mismas herramientas que los activistas utilizan hoy en día, con una diferencia importante: los activistas del medio ambiente de la época se dieron cuenta de que la forma más eficaz para defender un cambio determinado era conseguir primero el cambio en sus propias vidas. Esa conciencia no se limitó al movimiento ambiental. Se inició por las feministas de los años 1960 y 1970 quienes, de hecho, la convirtieron en un principio básico de su movimiento —"lo personal es político"— y la aprovecharon de manera eficaz para lograr impresionantes (si bien incompletos) avances en los derechos de las mujeres. Descubrieron, al igual que muchos otros activistas en aquellos años, que si su estilo de vida estaba integrado y era esclavo del sistema, cualquier esfuerzo imaginable para forzar un cambio significativo en el sistema será inútil.

No hacerlo así es un esfuerzo vano porque la mayoría de la gente, y con razón, quiere una vida que merece la pena en los cambios que el movimiento activista quiere lograr, y la mejor manera de darles una idea de que como quieres que sea su nueva vida es predicar con el ejemplo. Otra cosa sería desperdiciar el aliento porque la mayoría de la gente tiene bastante buen olfato para la hipocresía y detecta a la legua ese tipo de demagogia que pide hacer sacrificios a todos los demás para apañárselas con menos mientras el demagogo no tiene que hacerlo. Si hablas con los estadounidenses que no apoyaron el movimiento por el cambio climático o con las empresas que se opusieron al mismo, verás que una buena parte de ellos renegó cuando oyó hablar de la mansión de Al Gore o supo de los incentivos que recibió en forma de millas de viajero de avión y decidió que el calentamiento global era otra amenaza ficticia fabricada por no se sabe quién. Mucha gente huyó en estampida del compromiso con la agenda política de todos ellos.

Por último, se pierde autoridad si el sistema que quieres cambiar es también el sistema que proporciona un estilo de vida de clase media acomodada, con todas sus comodidades y lujos; en buena lógica los cambios que la gente está dispuesta a aceptar se limitarán a aquellos que no supongan ninguna pérdida en el estilo de vida o las comodidades. Damien Perrotin, bloguero bretón del pico del petróleo ha comentado graciosamente sobre la influencia de lo que, en Francia, son llamados *bobos*, es decir, bohemios burgueses (Bourgeois-bohème, el acrónimo funciona casi igual de bien en francés y en español), los miembros de la alta burguesía liberal. Los *bobos* están terriblemente ansiosos por verse a sí mismos como los salvadores del mundo —esa es su cara bohemia— y harán cualquier cosa para desempeñar esta función, siempre y cuando no les obligue a renunciar a ninguno de los beneficios de su privilegiado estado —ese es el lado burgués—.

Espero que el término cuaje en este país, porque también hay multitud de bobos. La idea que se discutió en el post anterior sobre los grupos de presión cautivos tiene una especial relevancia en cualquier discusión sobre la especie *Bobo americanus*, porque los miembros activos de esos grupos cautivos que apoyan a los partidos mayoritarios siguen a rajatabla el papel de salvar el mundo sin poner en riesgo la interrupción del sistema que da al bobo su estatus privilegiado. También hay importantes gratificaciones personales para quienes tienen posiciones de liderazgo en los grupos cautivos, lo que ayuda a mantenerlos en la cautividad. Estos bobos están extraordinariamente cualificados para ejercer, especialmente los procedentes del extremo superior de la pirámide de clases y para quienes han conseguido los contactos y habilidades necesarias. De ahí salen los ejecutivos de los principales grupos ambientales que peinan sueldos de seis cifras, mantienen relaciones cordiales con los patrocinadores corporativos, y muestran una más que evidente voluntad que conformarse con las migajas que puedan caer al suelo mugriento desde las mesas de la riqueza y el poder de Estados Unidos.

Con todo, la bobalización del radicalismo estadounidense no se limita casos tan obvios como esos. Cuando escuchas a activistas insistiendo en voz alta en que es posible salvar el mundo sin ser un asceta —y siento decirlo, pero sí, esta gastada figura retórica apareció en la reseña de Owen Lloyd antes citada— estás oyendo el eco de la influencia bobo envuelta en la noción popular pero profundamente errónea de que tiene que haber alguna forma de mantener los insostenibles estilos de vida de hoy sobre una base sostenible. Eso no va a suceder, por razones que se fundamentan en las leyes de la termodinámica; el voluntarismo desaforado no va a hacer que suceda y cuanto antes nos acostumbremos a vivir con mucho menos, menos daño nos haremos a nosotros mismos, a los demás, y la Tierra ahora que la economía industrial está dando las boqueadas.

Esta sugerencia es anatema para el orden existente de las cosas tanto en los Estados Unidos como en otros lugares. Por lo general el anatema es una herramienta característica y propia de una sociedad imperial en decadencia. El ensayo de James Francis "Virtud Subversiva: El ascetismo y la autoridad en el mundo pagano del siglo segundo (*Subversive Virtue: Asceticism and Authority in the Second-Century Pagan World*)" describe cómo el gobierno imperial romano llegó a considerar el ascetismo de los estoicos y los filósofos neoplatónicos como una insoportable amenaza a su autoridad. La cosa tenía su lógica: un sistema que se mantiene en el poder mediante el soborno de las clases bajas con *panem et circenses* y a las clases medias y superiores con los más lujosos entretenimientos narrados en el Satiricón de Petronio no puede tener, en la práctica, mecanismos para controlar los que no tienen interés en esas cosas.

Así que, con casi absoluta seguridad, podemos asumir que no habrá oposición efectiva a la situación actual en este país hasta que surja algún movimiento que en la práctica, no sólo en teoría, adopte un enfoque esencialmente ascético. Yo creo, por si sirve para algo, que el primer movimiento para hacerlo será un marxismo revivido. No soy partidario de Karl Marx, y menos aún fan de los muchos ideólogos que han desarrollado su sistema, pero el marxismo tiene características que lo harán muy atractivo en las próximas décadas. Ofrece a los pobres una cabeza de turco a quien culpar de sus desgracias, y lo hace de una manera mucho más detallada que (por ejemplo) la vaga retórica del movimiento Occupy Wall Street; es una de las pocas ideologías que logran fusionar una tradición intelectual rigurosa con una utópica visión futura de intensidad religiosa y, por último, tiene un fuerte elemento ascético (la figura del marxista revolucionario, enjuto, apasionado, doctrinario y desdeñoso de los bienes materiales, excepto de aquellos que podrían ayudar a la causa fue un estereotipo tipo social muy común en Europa durante casi un siglo).

Al día de hoy, el marxismo tiene además una ventaja adicional que no se puede comprar con dinero: la extraordinaria campaña de propaganda que el Partido Republicano está involuntaria o insensatamente llevando a cabo en su nombre. Ahora, incluso los intentos más moderados y neutrales para usar los poderes del gobierno en beneficio de los ciudadanos estadounidenses están siendo fustigaron por el Partido Republicano tildados de comunismo. Es una embarazosa confesión de pobreza intelectual (el estadounidense de a pie dedicó tanto tiempo a aplastar el peligro rojo que ahora ya no sabe que en realidad el comunismo no existe en ningún sitio) pero también algo que garantiza la consabida reacción exagerada. Las iglesias fundamentalistas que pasan todo el tiempo denunciando el satanismo, con descripciones morbosas de la vida satánica llena de fiestas salvajes y orgías de sexo salvaje, consiguen ese tipo de reacción violenta y quizá por eso tienen tanto éxito en convertir a los adolescentes locales en adeptos satánicos.

De la misma manera, si los republicanos tienen éxito al calificar, por ejemplo, la asistencia pública y las leyes de seguridad alimentaria como marxistas, el resultado más probable de ese tipo de campaña será el de convencer a un gran número de estadounidenses de ideas políticas moderadas de que Marx en el fondo es aprovechable. Como ya se sugirió antes, no considero que eso sea bueno. En teoría, la revolución marxista conduce al trabajador a un paraíso glorioso en el futuro a través de la inevitable dialéctica histórica, pero en la práctica la dictadura del proletariado sólo es otra dictadura, con su habitual cuota de gulags y anónimas fosas comunes. Sin embargo —en un país donde la mayoría de la gente es terriblemente ignorante de la historia y están siendo llevados al desastre por una economía imperial corrupta y espectacularmente mal administrada en vertiginosa decadencia— es por desgracia poco probable que se caiga en la cuenta de esto.

Sin embargo, otras fuerzas están empujando a la sociedad estadounidense hacia una crisis tras la que no es probable que sobrevivan los acuerdos políticos y económicos existentes. La rehabilitación del marxismo es poco probable que se produzca con la suficiente rapidez como para alcanzar una masa crítica antes de que se desencadene brutalmente la crisis. Lo más probable, en mi opinión, es que los grupos más convencionales se alinearán con el orden establecido de las cosas. Desde hace tiempo sospecho que, antes de que todo esto termine, el Sierra Club saldrá en favor de la minería dentro de los parques nacionales mientras se haga, ejem, de una manera ambientalmente sensata. Fuera de la bobosfera, las cosas están mucho menos claras, pues los tenebrosos últimos años de un sistema político en desintegración crearán las condiciones para un ambiente ferozmente darwiniano de ideologías y movimientos políticos, en los que lo único que importe será qué conjunto de creencias y personalidades

puede construir la coalición más fuerte en el momento adecuado, absorber o marginar a la fracción más grande de los grupos de oposición, y hacer la oferta más exitosa para lograr el poder. Lo que es una incógnita es saber cómo y cuándo rebosará en violencia y alteración sistémica ese caldero burbujeante de creencias en competición, quién (personas) o qué (ideologías) coronarán la cima.

El que acabe siendo más o menos responsable de lo que quede de los Estados Unidos de América, cuando las llamas se apaguen y se extingan las brasas, tendrán que enfrentarse a una situación mucho más difícil que la que se encontraron por los ganadores en 1932, o 1860, o para el caso 1776. Estas tres crisis anteriores ocurrieron cuando Estados Unidos todavía era una potencia en ascenso, con grandes y en gran parte sin explotar recursos naturales y con sistemas sociales y económicos aún no lastrados por las secuelas de un imperio fracasado. En esos casos, el bando ganador pudo asumir con seguridad que una vez resuelta crisis, la nación volvería a una relativa prosperidad, a pagar sus deudas, y continuar desde allí.

Eso no va a ocurrir ahora. Cuando la crisis haya terminado, sea cual sea la forma en que lo haga, los Estados Unidos, o el conjunto de estados generados por la división del territorio, será un estado tercermundista, fallido, arruinado y sin recursos (o una colección de estados fallidos) que probablemente tendrá que luchar duro, incluso para recuperar los niveles básicos de estabilidad política y económica. La lucha tendrá lugar en un mundo donde serán cada vez más escasos la energía y los recursos, en el que las tecnologías que requieran un uso intensivo de energía o materiales tendrán que ser abandonadas salvo en unos pocos países muy ricos y poderosos, y donde los cambios impredecibles en la temperatura, precipitaciones y otros factores climáticos y ecológicos harán que la vida sea bastante más difícil para todos. En ese no tan lejano futuro de los Estados Unidos, las comodidades que la mayoría de nosotros da por sentado estará sólo disponible para los ricos y poderosos (o quizá para nadie).

Este es el mundo que han creado nuestras decisiones de los últimos treinta años. Este es el mundo que veremos nosotros y los nietos de nuestros nietos. En un mundo así, las personas que tengan más que ofrecer a sus comunidades, a sus sociedades y la a biosfera serán aquellos que tengan ahora el coraje para renunciar a la economía de consumo y a su mezcla heterogénea de dudosos placeres. Los que ahora aprendan cómo llegar a funcionar con menos, a utilizar sus propias capacidades de cuerpo y mente para trabajar con los modelos y procesos de la naturaleza. Para los tiempos que vienen —en concreto, hasta que estemos lo suficientemente cerca del período de la crisis en el que incluso el desafío menos violento para el orden existente desencadene una respuesta de violencia masiva— las-protestas aún podrán conseguir logros valiosos, sobre todo si los activistas demuestran el poder del ejemplo personal. A largo plazo, sin embargo, son los cambios en el individuo, en la familia y en la comunidad (que muchos de los activistas de hoy rechazan por considerar inútiles) los que tiene más que ofrecer al mundo.